

V. Blasco Ibáñez
La escuadra de reserva y las Filipinas
(*El Pueblo*, 1-6-1898)

Preocupa a muchos el destino de la escuadra de reserva que, mandada por el contralmirante Cámara, saldrá de Cádiz con rumbo desconocido.

¿Dónde irá? Seguramente donde convenga, y por esto puede afirmarse que no será a Filipinas, como creyó la gente hace tiempo y aún siguen creyéndolo muchos. Amenazada nuestra soberanía colonial en dos lugares tan lejanos como las Antillas y Filipinas, y disponiendo de una fuerza marítima tan limitada como lo es la nuestra, si acudiéramos a la defensa de los dos puntos a la vez nos ocurriría lo que al perro de la fábula, que con el deseo de asistir a dos cenas se quedó sin ninguna.

Con los escasos y deficientes medios que cuenta nuestra marina, España solo puede presentar batalla marítima a los enemigos en un solo punto.

¿Cuál ha de ser este? Inútil es decir que el lugar del combate para todos nuestros buques está en el mar de las Antillas. Por la cuestión de Cuba hemos venido a parar en la guerra con los Estados Unidos; ante aquellas costas es donde navega el principal núcleo de la armada *yankee*; y cuando hemos cometido la arrogante locura de enviar allá cuatro cruceros que si aún conservan izada la bandera española es a fuerza de acertadas maniobras y de saber huir el desigual combate, ¿no resultaría criminal dejarlos solos, sin el apoyo de nuevas fuerzas, entregados a su suerte, viviendo de milagro y condenados a caer forzosamente, más o menos pronto, con mucha gloria, sí, pero con la esterilidad del suicidio?

Lo lógico, lo natural, lo acertado, es que la escuadra de reserva vaya a las Antillas para reforzar la de Cervera y que este no tenga que pasarse la campaña entera jugando al escondite y evitando siempre el encuentro con los *yankees*, pues si esto al principio puede llamar la atención y hasta provocar aplauso por lo acertado de los movimientos, repetido muchas veces acaba por servir más de desprestigio que de honor para nuestra bandera.

Además, en Filipinas no hace tan gran falta la escuadra de reserva como en Cuba.

Hay que lamentar la catástrofe de Cavite por los que en ella perecieron, por la pérdida de los apreciables armatostes viejos que incendiaron las bombas *yankees* y por la imprevisión criminal de nuestros gobernantes, tanto presentes como pasados, que allí quedó al descubierto: pero aparte de estas desgracias, la victoria del comodoro Dewey y hasta la misma toma de Cavite no significan que vamos a perder Filipinas.

El peligro para España no está en la bahía de Manila, sino tierra adentro: los enemigos temibles no son esos buques vencedores que exhiben orgullosamente ante la capital filipina sus banderas de estrellas y barras rojas, sino [...] licitado de una parte por sus afectos tradicionales a España, a esa madre de tres siglos a la que debe algunas migajas de civilización, y de otra por las seducciones del *yankee*, que procura explotar el odio del oprimido contra el opresor.

Si los filipinos no quieren irse con los Estados Unidos, puede el comodoro Dewey pedir todos los refuerzos que quiera con la seguridad de que pasarán años y más años y sus barcos se desharán de puro viejos antes que consiga hacerse dueño del archipiélago. En el pasado siglo, los ingleses hicieron más que Dewey, pues se apoderaron de Manila. ¿Y qué? Bastó que un oidor de la Audiencia que nada tenía de militar embarcase en una canoa con unos cuantos indios y remontase el Pasig para que a las pocas semanas contara ya con un ejército de indígenas, al frente del cual acabó por entrar victorioso en Manila, expulsando a los invasores. Había entonces en el país verdadero cariño a España, y el afecto y el entusiasmo obran milagros.

Pero si los filipinos prestan oídos a las proposiciones *yankees* y les ayudan en su campaña contra los españoles, entonces es perfectamente inútil pedir que vaya allá la escuadra de Cámara, y lo más lógico sería echarle una bendición al poderío español en Asia e ir pensando en el modo de salir bien de aquellas tierras.

Y esto es lo que para desgracia de España pudiera muy bien ocurrir.

No son barcos lo que se necesitan en aquella apartada región: lo que allí hace falta para alcanzar la paz, es formalidad en el cumplimiento de las promesas y patriotismo y grandeza de ánimo para librarse de las preocupaciones o imposiciones del fanatismo egoísta.

Hace algunos meses Primo de Rivera ajustó la paz con Aguinaldo y demás cabecillas. Díjose que había conseguido este éxito dándoles dinero.

¡La historia de siempre! El dinero no arregla nada cuando se lucha por un ideal, como ocurre en todas las guerras civiles. También les dieron dinero a los cabecillas carlistas, y esto no ha impedido que los partidarios del pretendiente estén dispuestos a apelar a una nueva guerra civil: también en el Zanjón les dieron dinero a los cubanos, y la insurrección ha resurgido, pues las aspiraciones de todo un pueblo no se entierran con unos cuantos miles de duros.

Aguinaldo y los demás cabecillas podrían tomar el dinero que pródigamente les ofreció un general español para que abandonasen el archipiélago; pero no se contentaron con esto, y su principal exigencia fue que a cambio de deponer las armas, España expulsase a los frailes, pasado sus bienes a ser propiedad del Estado.

Bien a la vista está cómo se ha cumplido este convenio. Primo de Rivera tuvo verdadera prisa en volver a España dándose aires de triunfador, pero diciendo para sí: «Ahí queda eso; que lo arregle quien pueda»: ha transcurrido el tiempo sin verificarse reforma alguna; los frailes han seguido inmóviles en su augusta omnipotencia, y los corifeos de la insurrección filipina que estaban en Hong-Kong han vuelto al archipiélago para resucitar la rebeldía.

Lo han dicho innumerables veces en manifiestos y arengas.

—Nosotros no combatimos a España: combatimos a los frailes.

Y como España, no la que trabaja y paga, sino la oficial, la que gobierna, tiene empeño en sostener a los frailes, esos insurrectos que hasta ahora peleaban contra los parásitos de la patria acabarán combatiendo a esta. Necesitamos más que nunca el afecto de los filipinos, el medio más seguro para vencer a los *yankees*, y sin embargo procedemos de tal suerte, que dejamos resucite la guerra filipina solo por dar gusto a unos cuantos centenares de panzas forradas de paño pardo, semejantes a aquellas otras que en 1834 cosieron a puñaladas los españoles de la península en medio del mayor orden, según oficiaba un alcalde de la época.

Lo que piden los filipinos no es más que el eco de las reformas de Mendizábal, que repercuten en el archipiélago tras un paréntesis de sesenta años.

—¡Expulsar los frailes! ¡Apoderarse de sus bienes! ¡Qué horror!...

Así exclaman los salvadores del orden, los mesnaderos de Silvela, de Pidal, de los que tienen patente de Dios para formar ministerios, y mezclan el cielo con la política. Y sin embargo, la mayoría de estos jesuitas con acta, si son ricos y viven sin trabajar es porque sus abuelos hicieron lo que hoy desean esos impíos de Filipinas: apoderarse de los bienes de los frailes, lo que no les impide a ellos ser muy católicos y creer en las maldades del liberalismo; pero sin soltar las fincas que fueron de la Iglesia. ¡Eso nunca!

Las peticiones de los filipinos jamás se aceptarán por España mientras dure lo existente.

Aquí impera la estupidez femenina; no es el patriotismo la norma de nuestra política, es el fanatismo mujeril explotado por los representantes de las comunidades religiosas que tan valiosa finca tienen en Filipinas.

Nada vale la consideración de que para salvar nuestras posesiones asiáticas de las garras de los *yankees* necesitamos el afecto de los indígenas; y de que este nos falta porque nos empeñamos en mantenerlos esclavos de una frailería a la que odian.

Hay en cierto sitio una monja malograda que lo dice continuamente: «No demos un disgusto a los buenos padrecitos, aunque se pierdan las islas».

Si los indígenas se van con los Estados Unidos y nuestros soldados tienen que luchar y morir atacados de frente por el cañón americano y de

espaldas por el machete tagalo, ya sabe el país dónde se ha preparado la catástrofe. Aquí.